

## LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO Y DEL ABSOLUTO EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO

---

*Evandro Agazzi*<sup>1</sup>

---

### LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA FILOSOFÍA

Considerando la posición que la filosofía ocupa dentro de la cultura de nuestro tiempo podemos afirmar que, desde un cierto punto de vista, ella se encuentra en una profunda crisis y que, por otro lado, está recuperando una posición de respeto e interés. En cuanto a la *crisis*, no cabe duda de que las formas «serias» de la actividad intelectual, según la consideración común, son constituidas por las diferentes «ciencias» (naturales o humanas), frente a las cuales la filosofía se presenta como un discurso «abstracto», «autoreferencial», casi una logomaquia artificial incapaz de llegar a conclusiones compartidas por los mismos especialistas de sus diferentes ramas. Además, ella «no sirve para nada» y este es un defecto capital para la mentalidad pragmática e «instrumentalista» que nos han instigado las diferentes expresiones de la tecnociencia.

---

<sup>1</sup> Filósofo italiano invitado por la Universidad Católica Sedes Sapientiae para dictar el Seminario «La infinita apertura de la razón» (2006).

Por otro lado (y este es el sentido de la *recuperación*) nuestras sociedades viven un momento de intensos debates éticos suscitados precisamente por el desarrollo de las tecnociencias y se plantean varios interrogantes acerca del destino de la humanidad. Todas estas discusiones tienen el sabor del discurso filosófico, utilizan de manera más o menos consciente principios y estilos de argumentación que siempre han sido típicos de la filosofía y, por consiguiente, han producido un «renacimiento», en particular, de la ética y de la filosofía política.

Tomando en cuenta estos dos fenómenos podríamos decir que la filosofía goza de una estimación bastante baja en cuanto a su aspecto *teorético*, mientras que goza de una cierta respetabilidad en su aspecto *práctico*. La estrategia espontánea que la filosofía actual ha adoptado para salir de la crisis teorética es la *especialización profesional*: no es por pura casualidad que, sobre todo en el mundo angloamericano, se habla de *philosophical profession* y que esta profesionalidad se concretiza en una enorme proliferación de subdivisiones temáticas que raramente coinciden con las grandes disciplinas tradicionales de la filosofía, ya que renuncian a tratar temas «generales» y apuntan análisis detallados de temas muy delimitados. Estos son tratados normalmente con rigor y utilizando instrumentos técnicos bastante sofisticados, pero la pregunta que a menudo nos planteamos frente a estos ejercicios es ¿cuál es el sentido filosófico de todo esto?, sin pretender plantear preguntas más fuertes como la de la «profundidad» de los problemas presentados o la «originalidad» de las soluciones propuestas. Por esta misma razón los interesantes debates éticos y políticos mencionados arriba, siendo generalmente ocasionados por problemas delimitados por los cuales se buscan soluciones razonables parciales, no tienen la fuerza de producir un verdadero rescate de la filosofía.

LA FILOSOFÍA COMO BÚSQUEDA  
DE LA SOLUCIÓN DEL «PROBLEMA DE LA VIDA»

Según la propuesta que queremos desarrollar ahora, un renacimiento de la filosofía podría producirse recuperando aquella unidad de aspecto teórico y aspecto práctico que siempre ha caracterizado su historia y se encuentra en su misma raíz etimológica de «amor de sabiduría», la cual expresa la búsqueda de un «saber» (*theoría*) orientado a solucionar el problema de la acción (*praxis*). Según esta óptica la filosofía es fundamentalmente un esfuerzo de solucionar el *problema de la Vida* utilizando como instrumento la *razón*. La Vida de la que hablamos es, claramente, la vida humana entendida como un complejo de acciones que se desarrollan *en presencia* de un sistema extremadamente diverso de situaciones y condiciones, en el cual entran: la naturaleza, el cosmos, el mundo social, la historia, todos los productos artificiales y culturales como las tradiciones, las obras de arte, las religiones, las normas morales, etc. Frente a este «mundo de la Vida», una primera tarea de la razón es la de *entenderlo*, es decir de descubrir su constitución, su textura, su orden interior; de describir «como es hecho».

Pero el ser humano racional no se conforma con esta tarea, él quiere *encontrar un sentido* de su vida, es decir, algo que pueda darle un *valor*. Todas las ciencias contribuyen poderosamente a satisfacer la primera exigencia (la de proporcionar una *inteligibilidad* del mundo de la vida) y la misma filosofía, en muchas de sus investigaciones, brinda también una contribución en esta tarea, pero todo esto queda fuera de la posibilidad de un *juicio de valor* y esta es la tarea específica que le reconocemos a la filosofía cuando la caracterizamos como esfuerzo de solución del problema de la vida, es decir, el problema de encontrar un sentido o un valor de la vida.

Resulta de lo dicho que la filosofía *nace* de la vida, como pregunta acerca del sentido, el fin y el valor de la vida considerada en su conjunto, incluyendo en particular sus aspectos más problemáticos como el dolor, la muerte y la conciencia del deber. Desde este punto de vista, la filosofía plantea la pregunta fundamental: ¿tiene un valor la vida y cuál es este valor? Por otro lado, la filosofía *regresa* a la vida, ya que la luz que la Vida le pide a la filosofía, la quiere *por sí misma y no para satisfacer a una pura curiosidad intelectual*; esto confiere a la filosofía una fuerza y un alcance que ninguna otra forma de saber llega a tener e indica que el afán filosófico no es algo opcional, sino es un elemento fundamental de la naturaleza humana.

Cabe notar que este es el acercamiento más simple e inmediato a la filosofía, ya que no presupone la elaboración de conceptos ya filosóficos (causa, ser, conocimiento, principio) como ocurre en otras definiciones de la filosofía misma. Dichos conceptos, por supuesto, serán elaborados necesariamente en el transcurso de las reflexiones propuestas para solucionar el problema de la Vida.

La caracterización de la filosofía aquí propuesta evita los extremos del intelectualismo y del voluntarismo, ya que la investigación es confiada a la *razón*, pero su origen es la *práctica* y esto corresponde a las dos aspiraciones fundamentales del ser humano, conocer la *verdad* y el *bien*. Gracias a esta característica la filosofía puede proponerse la tarea de ser *legisladora*, es decir, de proponer una concepción del *ser* que implique también un *deber ser*.

#### VALOR, FINALIDAD Y ABSOLUTO

La actividad humana se caracteriza por perseguir *fines* que son *intencionalmente* dispuestos en una jerarquía orientada hacia el fin global de la vida. La determinación racional de este fin es la tarea específica de la filosofía, es *el*

*problema* filosófico por excelencia, que radica dentro de la experiencia vital. Tomando en cuenta este «hecho fundamental» de la naturaleza humana podemos intentar una caracterización de la noción de *valor*.

El concepto de valor tiene significados muy diferentes y su utilización en filosofía es relativamente reciente. Sin entrar en los detalles de las diferentes teorías filosóficas acerca de los valores, podemos basarnos en el sentido más elemental que encontramos en el discurso de todos los días, según el cual decimos que una cierta realidad tiene valor si tiene la capacidad de alcanzar un fin y este fin, por su lado, se considera un valor si corresponde a la plena realización de lo que dicha realidad es en sí misma. De este modo se colige que el valor es fin y el fin es valor precisamente en cuanto es fin y no simplemente de por sí mismo. En otras palabras, un fin es valor solamente si es el fin de la cosa que está finalizada a ello. Por tanto no hay lugar para la consideración de valores fuera de una perspectiva de *finalidad* (y así se entiende porque no pueden proporcionar condiciones para fundar valores aquellas visiones del mundo, del hombre, de la sociedad, de la historia que excluyen la perspectiva de una finalidad). Esta distinción entre el fin y la realidad finalizada es la que nos permite reconocer, en el proceso que lleva dicha realidad a alcanzar su fin, una dinámica implicada en una *unidad* y un *orden*. Una multiplicidad sin unidad no permite la atribución de ningún valor, mientras que las diferentes atribuciones de valor dependen de las diferentes «unidades» que se consideran. Sin unidad y orden no hay valor, ya que cada valor es «relativo» a una determinada unidad ordenada (aunque sea *objetivo* con respecto a ella). Además, una jerarquía de valores se presenta objetivamente en función de la inclusión de las varias unidades en unidades superiores.

Esto nos permite analizar una cierta paradoja según la cual lo que realmente vale «no sirve a nada». Por ejemplo, algunos piensan que la filosofía

no vale nada porque no sirve para nada y, al contrario, que la medicina vale mucho porque sirve para curar las enfermedades; pero ¿para qué sirve curar las enfermedades?, tal vez para prolongar la vida, pero ¿para qué sirve prolongar la vida? Continuando este procedimiento vemos que lo que vale en un sentido absoluto tiene que «no servir a nada». Este ejemplo confirma que cada valor se determina dentro la óptica de una cierta «unidad» finalizada, que a su vez se sitúa dentro de una unidad más amplia, hasta alcanzar una unidad muy general que no parece necesitar de otra finalización. Esta realidad la llamamos el *Absoluto*, sin pretender, de antemano, determinar en qué consiste Absoluto.

Pasando ahora a considerar el problema del valor de la Vida, es claro que el orden al cual tenemos que hacer referencia es la *totalidad de lo real* dentro del cual la Vida misma se desarrolla y, procediendo de un reenvío a otro, llegamos a una unidad última, que es al *Absoluto*, es decir, aquella realidad que, como hemos visto en nuestro ejemplo, detiene en sí misma el valor sin referencia a otra y de la cual se desprenden los diferentes valores de las unidades finalizadas parciales. Por consiguiente, *el valor de la Vida puede ser identificado solamente con referencia al Absoluto*. Por esta razón la *representación* fenomenológica de la Vida conseguida mediante las ciencias y también múltiples investigaciones filosóficas, es necesaria para determinar el valor de la vida, pero no es suficiente, porque requiere además la *mediación* racional bajo la luz del *Absoluto*. Con esto queda aclarado que cualquier perspectiva científicista sobre el mundo de la Vida no puede proporcionar un sentido a la vida misma y que esta tarea es de pertinencia de la filosofía en cuanto investigación del Absoluto.

Y ahora la pregunta: ¿La vida tiene o no tiene valor? Para contestar esta pregunta la razón se atribuye nada menos que el derecho de *evaluar la realidad* y de buscar una concepción del Absoluto que pueda *salvar el valor de la vida*: esta es la tarea de la filosofía.

## RACIONALIDAD E INTELIGIBILIDAD

La filosofía, como hemos visto, se encarga de cumplir con esta tarea utilizando la razón (y no, por ejemplo, el sentimiento o la imaginación como pueden hacerlo las artes o los mitos) y el primer paso consiste en un esfuerzo de *interpretación* del mundo de la Vida que está *presente* al hombre y que podemos llamar la *unidad de la experiencia* en su sentido más amplio. Gracias a este proceso el mundo se muestra *inteligible*, pero, como ya hemos subrayado, la simple inteligibilidad no es suficiente para salvar el valor de la vida, ya que hay muchas posibilidades de *entender*, de hacer inteligible la unidad de la experiencia (es decir, de describir y explicar la textura de la realidad) pero no todas son compatibles con la posibilidad de darle un valor a la Vida: solo estas, una vez que se cumpla el camino hasta llegar a una representación adecuada del Absoluto, salvan el valor de la vida y pueden considerarse como expresión de la racionalidad de la realidad. Para que esta segunda condición se realice es necesario elaborar un discurso sobre el Absoluto, sobre la totalidad incondicionada, es decir, pasar a una *metafísica de la experiencia* dentro de la cual sea posible presentar una teoría del Absoluto compatible con una (o algunas) interpretación de la unidad de la experiencia y al mismo tiempo capaz de salvar el valor de la vida. El propósito de este esfuerzo lo definimos como él de demostrar la *racionalidad de lo real*.

## EL VALOR DE LA VIDA

Para determinar el valor de la Vida hay que tomar en cuenta su manifestación más *inmediata*: la vida tiene una tensión intrínseca a *conservarse* y por lo tanto no sería capaz de salvar el valor de la Vida una concepción del Absoluto que implicara el sacrificio de la vida sin ninguna compensación. Diferente es la

situación si a la vida se le conserva un valor *externo* consistente en el hecho que su sacrificio permita la instauración de una realidad *superior*.

Aparentemente se trata de una pretensión casi absurda, ya que una de las evidencias primordiales de la unidad de la experiencia es que la vida de cada individuo se acaba, que todos los seres, aspectos, eventos del mundo son caducos y pasajeros. Por cierto así es, pero es también verdad que precisamente esta caducidad produce en el hombre la angustia que lo lleva a plantear el problema del sentido de la vida: «¿qué sentido tiene la vida si todo pasa y se acaba?». De aquí el desafío para la razón: encontrar una respuesta que salve el valor de la vida a pesar de la finitud y caducidad que es manifiesta en la experiencia.

La posibilidad de encontrar una respuesta a nuestra pregunta depende de dos condiciones: una distinción acerca del valor de la vida y una elaboración de la concepción adecuada del Absoluto. A propósito del valor de la vida hay que distinguir un valor *interno* y uno *externo*. El primero es el valor inherente a la vida por el hecho mismo de subsistir y este se acaba con la muerte. Una concepción del Absoluto que implique la no conservación de la vida sin que este sacrificio lleve a la realización de una realidad *más perfecta* no salva el valor de la vida y por lo tanto no es *racional* en el sentido que hemos precisado (es decir, racional es una concepción de la realidad capaz de salvar el valor de la vida). Sin embargo, podemos decir que, si la naturaleza del Absoluto es tal que exige el sacrificio de la vida porque se alcance una realidad *más perfecta*, la vida sigue teniendo su valor, aunque se trate de un valor solo *externo*. Contra esta solución no se puede oponer que el valor *interno o inmediato* de la vida no puede ser sacrificado a ningún precio, ya que de esta manera se pretendería que la Vida juzgara al Absoluto, mientras que, como hemos visto, es el Absoluto el que determina el juicio de valor.



## LA DIMENSIÓN DE PROBLEMATICIDAD

Los discursos antecedentes no deberían producir la falsa impresión de que estamos afirmando con toda confianza la existencia de la solución del «problema de la Vida». Continúa el problema, es decir, la pregunta cuya respuesta estamos buscando y lo que hemos visto hasta ahora es que la *filosofía* se presenta como una oferta de *medios* para buscar dicha respuesta, es decir, la oferta de los instrumentos de la razón a base de una fe en la *racionalidad de lo real*. Sin embargo, no está a priori garantizado que dicha fe, una vez que sea desarrollada en un trabajo efectivo de elaboración filosófica, desemboque en la solución del problema. Esta falta de un éxito seguro, por otro lado, no impide al hombre de seguir *creyendo* en dicha racionalidad, y esta sería una actitud de *libre fe*. Hay que decir que la fe en la racionalidad de la realidad es profundamente arraigada en el espíritu del hombre como presupuesto implícito de su aspiración a la *felicidad*.

Por esta razón podemos afirmar que el *postulado de la racionalidad de lo real* es ineliminable para aquel ser racional que es el hombre y él constituye la raíz natural de la filosofía que a menudo se expresa diciendo que «todo hombre es filósofo». La filosofía en cuanto actividad vital específica se caracteriza por ser un esfuerzo de transformar este postulado en *teorema*, es decir, un esfuerzo de demostrar que sí, lo real es efectivamente racional, que se puede elaborar una concepción de la realidad que salva el valor de la vida.

Al perseguir este fin la filosofía tiene que respetar lo máximo posible los criterios del rigor racional, del análisis lógico, pero al mismo tiempo aceptar ciertos límites en los resultados que alcanza. Esto depende de la diferencia que existe entre *afirmaciones más seguras* y *afirmaciones más interesantes*: en general las más seguras no son las más interesantes y viceversa.

En la filosofía hay que buscar un equilibrio entre estas dos cualidades, tratando de no descuidar el rigor que permite niveles más avanzados de *seguridad* acerca de problemas que son verdaderamente *interesantes*, como lo son en particular los que conciernen el sentido de la vida. Esta es la razón por la cual, si el postulado no se convierte en teorema, no es descartado, sino se conserva como postulado: esta es la postura del *fideísmo* que, de todas maneras, no es una alternativa total al racionalismo, ya que la empresa de transformar el postulado en teorema puede alcanzar resultados más o menos sustanciales, aunque no completos. En estos casos, queda un «margen» de fideísmo que, sin embargo, puede calificarse como una *fe razonable*, puesto que las cuestiones acerca de las cuales esta fe se articula (y que conciernen el problema de la vida) siendo las más interesantes merecen ser investigadas racionalmente aunque no resulten caer dentro de las más seguras. Aquí encontramos una diferencia con respecto a la ciencia, la cual siempre está en búsqueda de las afirmaciones más seguras.

#### LAS SOLUCIONES POSIBLES DEL PROBLEMA DE LA VIDA

Presentamos ahora muy esquemáticamente las soluciones posibles del problema de la Vida. Podemos en primer lugar distinguirlas en:

- Positivas: las que ofrecen una presentación del Absoluto que salva el valor de la vida.
- Negativas: las que llegan a una concepción del Absoluto que no salva el valor de la vida. Por lo dicho anteriormente podemos llamarlas también irracionalistas (afirman que la realidad es irracional).
- Agnósticas: las que no reconocen la posibilidad de fundar racionalmente el valor de la vida, pero tampoco de negarlo.

Dentro de las soluciones positivas se distinguen las:

- Transcendentistas: según las cuales el Absoluto que salva el valor de la vida no está incluido en la unidad de la experiencia, sino la desborda y por esto puede proporcionarle un sentido y hasta fundar la esperanza de una conservación de la vida más allá del mundo de la experiencia.
- Inmanentistas: según las cuales el Absoluto coincide con la unidad de la experiencia y esta, tomada un su conjunto, proporciona lo suficiente para darle un valor a la vida.

Como ya lo hemos dicho, muy difícilmente estas concepciones llegan a ser racionalmente fundadas de manera completa y segura, por tanto dejan un espacio más o menos amplio a una *fé*. En realidad hay en el fideísmo tantas formas cuantas corresponden exactamente a las formas de *metafísica de la experiencia* que acabamos de mencionar y este hecho, lejos de sorprendernos, nos indica que cualquier discurso racional sobre el valor de la vida desboca en una *fé* y que, al mismo tiempo, cada *fé* acerca del sentido de la vida contiene una metafísica implícita, a la cual no puede evitar relacionarse cuando quiera proponer argumentos racionales en su propio favor.